

Versaciones de un chupaplumas

La mente en blanco

[1]



que es algo que, dice mi amigo — le explicaba a Lola mientras ella planchaba una mañana en que, recuerdo, no había ido al ministerio yo porque había huelga de funcionarios —, se le puede quedar a cualquiera en el momento más insospechado y, en tales casos, dice, lo más importante es no dejarse ganar por el desánimo y alentar a la imaginación a tirar para adelante aunque para ello tenga uno mismo que renunciar a ser razonable porque, por lo visto,



la imaginación se pone perezosa a veces y, si la dejas, ahí que se queda hecha un ovillo, amodorrada, o tumbada panza arriba y dando rienda suelta a un libre albedrío que cree suyo pero es tan sólo un espejismo del esclavo de la razón en el que habita y que, lejos de liberarla, lo que va a hacer (porque el libre albedrío hijo de la razón es, a imagen de su madre, al parecer muy autoritario) es ponerle más aún la sogá al cuello y arrastrarla por caminos trillados por los que, ella — que por propia iniciativa andaría siempre buscando novedades aunque ello le costara alguna que otra rodilla desollada por andurriales a veces un tanto intransitables — no acierta a encontrar el espacio abierto en el que desplegar sus alas y remontarse y, no viéndose libre de buscarlo con aquella sogá al cuello que la somete y la humilla, se revuelve, y se encabrita, y como una fiera enloquecida rompe a tirones y bramidos la sogá, y arremete contra el libre albedrío y contra la razón que la domeñan, y sale corriendo y dando saltos por entre los riscos de un albedrío indómito y salvaje y desmadrado que, como ni la conoce ni tiene al no conocer sus virtudes ni encantos el menor interés en doblegarla, no trata de atraparla ni le hace ningún caso; y pasa ella junto a él sin prestarle la menor atención y sólo atenta a descubrir, no importa dónde, el lugar o el momento o la idea en los que manifestarse sin trabas. Y que es entonces, dice, al darse de manos a boca la imaginación con una mente en blanco en que alojarse, cuando debe tener sumo cuidado en no precipitarse, no dejarse llevar por la ansiedad de proclamarla su albergue y su morada y, antes de habitarla y de erigirse en su dueña y señora, ha de cerciorarse de que no se está metiendo en una mente enferma, o malvada, que terminaría

Versaciones de un chupaplumas

La mente en blanco

[2]

contaminándola y reduciéndola a la condición de imaginación ruin y mezquina y calenturienta y malsana.

Y que para esos casos tan extremos, concluye mi amigo — concluyo yo al tiempo que Lola termina de poner en la percha la última camisa — conviene tener una pequeña reserva de aunque nada más sean bocetos, pequeños apuntes, anotaciones inconexas que, llegado el momento y sintiéndose halagados de que volvamos los ojos hacia ellos, nos mostrarán su gratitud desplegando ante ellos (nuestros ojos) todas las posibilidades que no supimos en una primera toma de contacto saber verles.